

El futuro que nos espera

Lidia Jorge

Todo futuro es fabuloso
Alejo Carpentier

I

HACE unas semanas, cuando los noticiarios empezaron a ofrecer la imagen del coronavirus como fondo, un ramo de flores rojas sobre una esfera gris, creí que habían adornado las pantallas con vistosos centros de mesa. El aderezo me pareció interesante. Solo después empecé a entender que se trataba de la representación del virus asesino, y aun así, después de todos estos días, la imagen no se me hace del todo repugnante.

Cito esta impresión distorsionada de la realidad, solo para decir que me considero lenta de pensamiento, y por eso mis opiniones sobre el futuro pueden adolecer de varios vicios, como son la esperanza, el gusto por la supervivencia y hasta, lo acepto, una cierta dosis de optimismo, ese vicio sobre el que un jesuita severo decía que a los que lo poseen, si sucedía lo contrario de lo que habían previsto, solo les quedaría suicidarse. Confieso, incluso, que hasta puedo pecar por el sentimiento más reprobable de todos, el de la pura superficialidad. En todo caso, en mi propio beneficio, cuento con algunas previsiones caseras en las que el futuro se ha encargado de darme la razón.

2

Entre ellas, recuerdo un artículo que publiqué en 2008, cuando cayó Lehman Brothers en los Estados Unidos y, rápidamente, como si hubiese un virus al que le gustase destruir bancos, presentamos una contaminación en cadena en cuyos escombros vivimos todavía. Como era por entonces tema de debate si el futuro inmediato corregiría la absurda deriva neoliberal a la que habíamos llegado, formé parte del grupo de los que consideraban que el esquema económico y financiero montado desde los años ochenta en todo occidente se pudriría, pero antes de pudrirse tendría que acentuarse durante mucho tiempo, hasta que una sacudida extraordinaria, de amplitud global, consiguiera derrotarlo. Pues bien, el momento que estamos viviendo, y que el coronavirus invisible desnuda de forma dramática, desgraciadamente, tiene todos los ingredientes para augurar una enorme catástrofe y, al mismo tiempo, una reconfiguración de los valores, una reconfiguración esperada ansiosamente por muchos.

Pero ¿será así?

¿Será que va a ser necesario pasar por una prueba tan dura para retomar un camino que nos salve del agotamiento del planeta? ¿De la subversión de la cultura? ¿Del sagrado heroísmo de las naciones? ¿De la elección de figuras locas escogidas por aquellos que serán las primeras víctimas de esa misma locura? En los últimos días, los medios de comunicación y las redes sociales han explotado en magníficos artículos de opinión, ensayos sobre la cuestión, demostrando que hay dos líneas de esperanza, contradictorias entre sí: el deseo de que la catástrofe sea más leve de lo previsto y, al mismo tiempo, la idea de que vivimos un momento de limpieza de la putrefacción del sistema. Y, desgraciadamente, en esta ecuación la amplitud de la segunda parcela depende de la dimensión de la tragedia que implica la primera. Estamos en medio de la ola, aún no sabemos hacia qué lado se inclinará la rueda de la fortuna.

3

En este sentido, un breve artículo de Laurent Joffrin publicado hace unos días en *Libération* resumía de modo sencillo y clarificador la forma en que, de repente, la pesada herencia ideológica de los años ochenta parece estar sufriendo sacudidas ante nuestros ojos. En pocas líneas, Joffrin cita sobre todo dos principios que el coronavirus está derrotando. En primer lugar, la idea fan-

tástica de Margaret Thatcher de que no existe sociedad, sino que solo existen individuos –«There is no such thing as society»–, principio que puso en marcha Reagan al otro lado del Atlántico, y que contaminó a toda Europa, nosotros incluidos, catecismo común que desarrolló en términos sociales el más feroz de los individualismos. Joffrin se refiere a ello porque una tragedia como la presente viene a demostrar que, al final, hay sociedad. Es decir, hay grupos humanos unidos por ideas, intereses y vulnerabilidades comunes, que solo se sobrepasan actuando en conjunto. En verdad, en menos de un mes el mundo ha comprendido lo importante y urgente que es deshacer la idea peregrina, tan ampliamente difundida incluso en el interior de la Unión Europea, de que las empresas sustituyen el papel del Estado. El Estado Providencial, el Estado Social.

En segundo lugar, Joffrin va más lejos, demostrando que lo que está pasando mina las ideologías no solo económicas que promueven el individualismo y el «sálvese quien pueda», sino también algunos de los tics filosóficos heredados de las convicciones existencialistas y libertarias de los años sesenta del siglo pasado y que continúan en vigor, como banderas antiolectivistas, como si entre dos campos no hubiese ningún camino más. El título del artículo de Joffrin reproduce exactamente el principio sartriano sobre el que se interroga, «El infierno ¿son los demás?», para después afirmar que el coronavirus, la peste que asola nuestros países, nos demuestra que los demás no son el infierno, los demás, en un caso como este, son nuestra salvación. Porque, en este momento, la figura de los demás y el Estado son la única garantía que tenemos de que cada uno de nosotros no va a quedarse solo. Lo que significa que, al borde de un cambio de paradigma de la sociedad llamada tecnológica hacia otra aún en fase de configuración, y que muchos imaginan como sociedad poshumana, los datos que recogemos hora a hora, en días sucesivos, tendrán que ser incorporados de forma obligatoria, si no de forma dramática.

Vale la pena reproducir el remate final del artículo «El infierno ¿son los demás?». Se pregunta el jefe de redacción de *Libération*, sobre la convulsión que el efecto del coronavirus está produciendo en las conciencias, como si la humanidad despertase de repente de una pesadilla ontológica, al enfrentarse a una pesadilla de enfermedad: «¿Efímera toma de conciencia? ¿Sentimiento fugaz que desaparecerá cuando haya desaparecido este amargo paréntesis de la crisis sanitaria? Aún es pronto para llegar a una conclusión. Pero se pre-siente que se está produciendo una alteración histórica que rehabilitará la sociedad y el Estado, lejos de la utopía agotada del individualismo». Este texto me lo envió por primera vez Hélder Costa,

después me di cuenta de que ha dado la vuelta al mundo. Menos mal, porque en verdad no se trata solo de un texto político, sino de un texto de cultura, el espacio que aquí nos interesa.

4

Precisamente la letra de una canción de Sérgio Godinho nos sirve de puente hacia la cuestión cultural: «Tienes que decirme / si va cada cosa por su lado / o si todo esto está ligado». Es en este momento cuando las puertas de la Cultura se abren al futuro. Resulta evidente que la putrefacción del modelo neoliberal en la economía y en la construcción de la sociedad desigual no ha actuado sola, ha sido ampliamente amparada por la propuesta cultural que ha caminado junto al modelo tecnológico surgido a lo largo de los últimos veinte años.

Seamos claros. Nadie cuestiona los beneficios de los nuevos medios, fantásticos, la maravillosa oportunidad de haber permitido que entremos a través de los recientes sistemas de comunicación en la sociedad del conocimiento, que ha transformado nuestra mirada sobre el mundo, ha acercado culturas, ha permitido intercambios extraordinarios, intercambios de informaciones, ha expandido el acceso del público a todas las artes, ha creado una nueva comunidad común sobre la faz de la tierra. Solo los distraídos pueden endemoniar la suerte que tenemos de ser ciudadanos que viven a principios del siglo XXI. Y, sin embargo, en paralelo, presenciamos la expansión de aquello que, en este mundo maravilloso lleno de posibilidades, ha constituido su degradación. Subrayo este aspecto porque, cuando pase el actual momento crítico, por cierto, trágico desde el punto de vista económico para la gran mayoría de las sociedades, el choque que sucederá en el ámbito de la cultura y las artes será solo la prolongación del choque que presenciamos hoy día.

En mi opinión, deben perder la ilusión los que piensan en los días de hoy, en que estamos inundados de tristeza y emoción, viendo momentos parecidos a un terror global, que por quedarnos metidos en casa, muchos confesando poder observar las estrellas por primera vez, otros el mar, otros viendo tranquilamente películas que no habían visto, oyendo discos antiguos, hablando con los vecinos, leyendo un libro que nunca habían imaginado leer, que todo eso por sí mismo cambiará lo que hemos tenido hasta aquí. La crisis sanitaria, por muy grave que sea, no cambiará la deriva de la superabundancia de datos, la mayor parte de ellos no informativos, muchos deformativos, que seguirán circulando sin peso ni medida, sin autoría ni garantía de crédito u origen.

No cambiará la tendencia a aumentar el fetichismo tecnológico. No cambiará la tremenda confusión que se establece entre la cultura como difusión de las artes y la cultura como entretenimiento grosero. No disminuirá el flujo de imágenes sin palabras que inunda la mirada privada y pública. No disminuirá la histeria de la recepción ininterrumpida que nos hace autómatas. Arnaud dijo, con razón y amplio alcance, que «a donde quiera que nos volvamos, nuestro espíritu no encuentra sino vacío cuando el espacio está repleto». Y es eso mismo lo que sucede ahora, y será eso mismo lo que sucederá después, tanto si la crisis sanitaria se lleva de la faz de la tierra solo a unos miles como si se lleva a millones de ciudadanos. Estamos en un espacio comunicacional repleto, es decir, en un espacio que tiende al vacío. Y ese va a ser el gran combate y la gran resistencia que, con crisis profunda o crisis más ligera, vamos a tener que trabar. Independientemente de la pobreza, de la perturbación a la que quedarán abocados muchos de los artistas y agentes culturales en lo inmediato, tal como estamos viendo. Pero esa cuestión es de otra naturaleza diferente. Es de naturaleza administrativa, cuando los gobiernos tengan que enseñar su capacidad para entender para qué sirven los agentes no productivos, como nos llaman en economía. Cómo se encarará la supervivencia de los creadores, cómo se mantendrán los apoyos a la creación que alimenta el imaginario de las sociedades. Este es un problema de contabilidad y voluntad, y bien o mal tendrá que resolverse.

Lo que me perturba, tras esta sacudida de orden financiero, social, psicológico, es si la cultura que va a vencer, o incluso, triunfar, será la cultura de la banalidad, pues confluyen en el horizonte todos los ingredientes para que así sea. O si, por el contrario, lo que está pasando inspirará nuevas prácticas, nuevas formas de valorar los densos instrumentos de la cultura, en la base de los cuales se encuentra la lectura y la literatura. Y es bien sabido por qué. Sobre esto, no son necesarias más palabras.

5

Lo que está pasando es un terremoto en las convicciones de aquellos que sostenían la idea de una huida hacia delante camino de la sociedad de la desigualdad, donde hasta la propia cultura es canibalizada por el beneficio y las finanzas. Hemos presenciado sin apelo ni agravio una concepción excesiva de recursos técnicos que ha devorado la cultura de los objetivos. Una cultura de los medios que ha campado a sus anchas sin tener en cuenta los fines. Mi

idea, superficial, esperanzada y hasta optimista –que se arriesga a que nos tengamos que suicidar si no sucede– es que, después de una tragedia, las artes y la literatura retomarán el sentido del acontecimiento, volverán a él mil veces para interpretarlo a través de su relato, una y otra vez, intentando comprender qué es ser humano. Igual que pasaron la gran guerra, la gran depresión, la segunda guerra mundial, el holocausto, las guerras coloniales, momentos históricos que suscitan la meditación sobre el sentido de nuestra finitud y la configuración de nuestra especie. Supongo que miles de artistas y escritores, en este momento, estarán ante sus ordenadores ensayando, a partir de las metáforas de estos días, nuevas formas, esas que los que les sucedan llamarán nueva modernidad. Pero todavía no conocemos su rostro. Por eso, más allá de la tragedia que nos consume, pensemos como Alejo Carpentier que todo futuro tiene algo de fabuloso, pues será inventado por las manos que inventan, con la idea de salvar alguna otra cosa.

Boliqueime, 21 de marzo de 2020

LÍDIA JORGE Y EL FUTURO QUE NOS ESPERA

Antonio Sáez Delgado

1

Lidia Jorge publicó el artículo titulado «O futuro que nos espera», que ofrecemos ahora por primera vez en español, en el número 1291 del *Jornal de Letras, Artes e Ideias* (JL), editado en Lisboa el 25 de marzo de 2020, pocos días después de declararse en Portugal el estado de emergencia provocado por la pandemia de COVID-19. En él, la escritora enlaza la situación de salud pública que atraviesa el país y el mundo con la crisis de valores y modelos económicos experimentada por la civilización occidental desde, al menos, los años ochenta del siglo pasado. Lidia Jorge reflexiona, como en muchas de sus obras, sobre los orígenes, fundamentos y narrativas de las injusticias sociales existentes en las raíces de este nuevo acontecimiento histórico, a la vez que se interroga sobre el papel de la cultura (¿y de qué cultura?) en el futuro que nos espera, marcado a fuego por el oxímoron de la «nueva normalidad».

Valiéndose del argumento de considerarse a sí misma «lenta de pensamiento», confiesa que, cuando comenzaron a llegar a los noticiarios las primeras imágenes sobre el coronavirus, su primera impresión fue creer que aquellas esferas grises florecidas en rojo eran algo así como centros de mesa que aderezaban los platós televisivos. Califica esa visión como una «impresión distorsionada de la realidad», una especie de espejismo cuya observación, un punto gozosa, le proporcionaba también el (contra)tiempo suficiente para reflexionar.

Esta experiencia engañosa se convierte, metamorfoseada, en una potente metáfora que se extiende desde lo más profundo del individuo hasta el mundo global. La contemplación de las esferas arborescentes con colores luminosos ha pasado del estatuto de 'alucinación' personal al de telón de fondo social, explícito o implícito, de cualquier imagen de actualidad. Vivimos tiempos de espejismos colectivos. Y en ese tránsito inestable de lo individual a lo comunal, la ofuscación primera se convierte sin remedio en deslumbramiento comunitario, transita de la ilusión personal al encantamiento global, como una actualización insospechada de las palabras de Miguel de Unamuno en *Vida de Don Quijote y Sancho*: «una locura cualquiera deja de serlo en cuanto se hace colectiva, en cuanto es locura de todo un pueblo, de todo el género humano acaso. En cuanto una alucinación se hace colectiva, se hace popular, se hace social, deja de ser alucinación, para convertirse en una realidad, en algo que está fuera de cada uno de los que la comparten». (Madrid, Alianza Editorial, [1905] 2002, p. 29).

2

La verdadera dimensión del terremoto social analizado en «El futuro que nos espera» debe medirse con el calibre de las metáforas utilizadas en las narrativas oficiales del acontecimiento. Los dirigentes políticos de países como Italia, España, Francia o Inglaterra, de forma muy especial, han echado mano del arsenal simbólico del léxico militar para referirse a la pandemia como una 'guerra' ante la cual aún no hay armas definitivas. Macron invocaba la «Unión sagrada» para derrotar al virus, Costa habla de un 'enemigo' a batir y en los EE. UU. Trump ha llegado a comparar los efectos de la pandemia con las peores experiencias sufridas por el país con el terrorismo internacional. Solo en Alemania, sin duda porque su particular siglo XX aún pesa en el presente, se ha esquivado esa retórica para incidir en el término «desafío» a la hora de confrontar la situación histórica propiciada por la infección. Y en Brasil, todos lo

sabemos, la COVID-19 es para Bolsonaro poco más que una gripe de tres al cuarto provocada por un puñado de extranjeros.

La pandemia ha acabado con la movilidad, principio básico del mundo global, pero también lo ha hecho con las relaciones sociales, fundamento de nuestra civilización. De ahí que los Estados, ante la falta de liderazgo de otras organizaciones internacionales, recurran a una elocuencia artificiosa que hace rimar «épica» y «bélica», amparada en la necesidad de llamar a filas para conseguir una *captatio benevolentiae* ante la inminencia de una economía global en riesgo de muerte, con la finalidad última de fortalecer en lo posible los mecanismos de un nuevo orden profundamente nacionalista. Pocas veces, sin embargo, en medio del fragor verbal producido por la alucinación colectiva en que vivimos, se tiene en cuenta, como advirtió Xosé Manuel Núñez Seixas en la edición de *El Periódico* del 1 de mayo, que «a veces la frontera entre lo sublime y lo ridículo es muy tenue». Lúcia Jorge también se pregunta en su texto, navegando por las mismas aguas, si la dura prueba de atravesar este desierto será imprescindible para retomar un camino que nos salve del «agotamiento del planeta», de la «subversión de la cultura» o del «sagrado heroísmo de las naciones».

La autora de *Estuario* invoca en su artículo otro de Laurent Joffrin publicado en *Libération* el día 17 de marzo, en el que el periodista, bajo un título profundamente sartriano («El infierno ¿son los demás?»), llama la atención sobre la posibilidad de que el coronavirus pueda servir para recuperar el concepto de «sociedad», en detrimento del de «individuo». Incluso, añade Lúcia Jorge profundizando esa línea de pensamiento, es posible que el mundo haya entendido que las empresas jamás podrán sustituir el papel del Estado Social. El conjunto hiperglobalizado en el que vivíamos se enfrenta de lleno a su propio espejo, a la posibilidad histórica de mirarse a los ojos y preguntarse qué ha sido de la «utopía agotada del individualismo» (la expresión es de Joffrin). El modelo económico neoliberal, lejano a la política del bien común reivindicada por Michael J. Sandel, ha prolongado su particular estado de ebriedad hasta la extenuación, parapetado en los principios de la colectividad digital y de una particular propuesta cultural de masas basada en la fórmula pragmática del entretenimiento.

3

En 2016, Lúcia Jorge publicó el volumen de cuentos *O amor em Lobito Bay*, traducido poco después al castellano por Martín López-Vega como *Los tiempos del esplendor* (Madrid, La Umbría y la Solana,

2017). El segundo relato de ese libro se titula «Overbooking», y sitúa al lector en los límites de la propia condición humana, en un territorio que comparte con el tiempo de la pandemia trazos de alucinación y ebriedad colectiva, hasta convertirse en una nueva metáfora del mismo. El narrador cuenta en primera persona una historia fantasmagórica, ambientada en África. Un grupo de adolescentes, jugadores del equipo de fútbol de una aldea, golea al equipo de la ciudad más cercana. La victoria les produce un acceso de exaltación que les hace desear ir a la urbe para «acabar con la reputación de los derrotados» (p. 37), pues «hubiéramos merecido que alguien nos celebrase, pero no había nadie mirándonos» (p. 36). Sin embargo, al contrario que sus rivales, no tienen vehículo en el que desplazarse, y se ven abocados a conformarse con saciar su voracidad comiendo mangos que cortan con sus propios cuchillos. Sin desistir de la idea inicial, se cruzan con un coche, a cuya propietaria le piden que los lleve a la ciudad. Pero los jóvenes son catorce, y la conductora, la hermana Alberta, les dice con toda amabilidad que no caben en el vehículo. El narrador pone en boca de la religiosa la queja de que los chicos pretendían «lo imposible», y él mismo, miembro del equipo, advierte con gravedad que «queríamos que fuese posible, y acabábamos de lograr lo imposible» (p. 38), en referencia a la gesta deportiva. Ante la situación de tensión, una risa nerviosa invade a la religiosa y provoca la ira del equipo de los Kimbin, humillados por el destino: «Nadie para pasearlos en un camión descubierto, nadie para darles una copa, nadie para invitarles a una Coca-Cola, nadie para darles una bandera, ninguna multitud, nada de nada, después de una proeza tan grande, y ahora lo único que les faltaba era aquella mujer allí riéndose de ellos» (p. 39). La ira de los jóvenes, la mezcla jadeante de ebriedad por la victoria y rabia por la invisibilidad que les depara el futuro, provoca una reacción grupal de violencia física y sexual sobre la mujer. Ese acto empodera a los jóvenes y los conduce a un estado de embriaguez más alta, a una excitación animal provocada por el triunfo que parece elevarlos simbólicamente por encima de su propia realidad: «Y era bueno ver cómo no era nada, cómo podíamos transformar, con nuestras propias manos, personas en pedazos de carne. Nosotros catorce, alrededor de aquello que había sido una tipa, transformada en nada. Las ropas de la tipa en nuestras manos, podíamos agitarlas como si fueran las banderas que nos habían faltado en el campo, pues ya estaban allí» (p. 44). La cólera se convierte en aquel grupo de adolescentes en un país que habitar, reconocido por el narrador: «Estábamos embriagados de triunfo, nuestra copa era una bola de carne en medio de la hierba» (p. 44). Y el trozo de carne es, al fin, entregado por los jugadores, como una especie de ofrenda, a Gigi,

un monstruo semejante a un caimán o cocodrilo, con la certeza de que la versión oficial de la historia contaría que la pobre monja se vio en algún momento de descanso de su jornada atacada por el animal, sin que quedara el más mínimo vestigio de la calamidad.

4

En una entrevista concedida a Nuria Azancot y publicada en *El Cultural* del día 21 de enero de 2020, Lidia Jorge reconoce que, tras su estancia en África, la «mentira histórica» se convirtió en «una experiencia fundacional para todos mis libros, una especie de bautismo de la edad adulta». Es, sin duda, una de las claves que atraviesa su obra literaria, una indagación profunda y descarnada sobre el territorio de la memoria y las manipulaciones de las narrativas del poder. Así sucede también, a menor escala, en «Overbooking». El silencio es el aliado perfecto para los miembros del equipo de fútbol. Los jóvenes de la aldea, borrachos de éxito tras vencer a los poderosos deportistas de la ciudad, recurren al silencio y a la coartada de la naturaleza –personificada en Gigi– con el fin de conseguir el olvido del crimen. Construyen su propia narrativa. Así, pasan los años como si nada hubiera sucedido: «nos volvimos buenas personas, algunos trabajan, otros tienen mujeres que trabajan para ellos y son personas pacíficas» (p. 47). Pero, sin embargo, cuando todo parece indicar que el episodio quedaría enterrado, que el cuerpo de la hermana Alberta sería consumido por el tiempo, «su espectro comenzó a aparecerse en medio de la carretera, persiguiéndonos en silencio» (p. 47). Y esa experiencia fantasmal, esa «alucinación», obliga al narrador a adentrarse en la tentación de contar «algo malo» (la expresión es repetida como una letanía) que lo atormenta, como si la posibilidad de enunciarlo pudiera funcionar como un exorcismo: «soy un hombre de mundo, soy un hombre bueno y sin embargo tengo que contar esta cosa mala. Esta cosa mala quiere sobre todo ser contada cuando estoy lejos del lugar, quiere ser contada a desconocidos, una tentación, la tentación de contar» (p. 48). La «cosa mala» adquiere cuerpo fantasmal y también voluntad, quiere «ser contada». De ahí que el narrador, convertido en hombre de éxito, propietario de varios moteles que llevan su propio nombre, ante la certeza de que el fantasma le perseguirá donde quiera que vaya, decida desentrañar su historia en un espacio neutro, entre un aeropuerto y un hotel. Y así lo hace. El hecho de compartir el secreto que se podría en el interior de ese joven modesto transformado en hombre de mundo le conduce a aceptar su destino y regresar a su

tierra, no sin antes apuntalar una frase lapidaria que parece dialogar con la de Unamuno antes citada: «Una aparición que se le aparece a muchos es como si no se le apareciese a nadie» (p. 51).

5

En «El futuro que nos espera», Lidia Jorge reflexiona sobre la ebriedad de la sociedad de consumo y sobre el fin del modelo neoliberal. Como si ese modelo, el de la civilización de un primer mundo que vive en un permanente estado de exaltación de sí mismo, hubiera conducido al sistema y al planeta a un punto de no retorno. La euforia social nos muestra la misma imagen en negativo de la ira de los jóvenes futbolistas de «Overbooking», con un final también catastrófico. Y ante este nuevo panorama, en tiempos de una distancia social que se asemeja diabólicamente a las formas de relación virtuales, nuestra autora denuncia el desarrollo, paralelo a la sociedad digital, de la cultura de la banalización como estrategia concertada de adormecimiento social en un «espacio comunicacional repleto, es decir, en un espacio que tiende al vacío». Un espacio comunicacional en «overbooking». Esa cultura vacía, que proclama el entretenimiento como oasis de artificio en una deriva de superabundancia de datos, se convierte también en una figura fantasmal que persigue al ciudadano donde quiera que vaya. De ahí que Lidia Jorge proclame en la entrevista mencionada con Nuria Azancot que «la literatura de hoy busca un sentido del destino humano que parece temblar entre la tierra marchita y el espacio sin fin».

En medio de una cultura que busca su propio lugar en el nuevo escenario de la pandemia, ubicada en el abismo de saber, con Sarah Thornton, que el arte no puede transformarse al formato digital sin perder su esencia, y ante el riesgo inminente de que la «estrategia Netflix» pase de enemiga a modelo a seguir, no cuesta imaginarse a Lidia Jorge haciendo suya la estremecedora sentencia de José Mujica, el expresidente uruguayo, en el periódico *El País* del día 4 de mayo: «Hoy, si pudiera creer en Dios, diría que la pandemia es una advertencia a los *sapiens*». Una advertencia que obliga a los actores de la cultura a enfrentarse a sus propios miedos y a regresar al origen, como hace el personaje-narrador de «Overbooking», intentando que las nuevas «gargantas negras» que decía encontrarse Tucídides en la plaga que invadió Atenas puedan hallar en la cultura una forma de retomar, como afirma Lidia Jorge, «el sentido del acontecimiento», volviendo a él «mil veces para interpretarlo a través de su relato, una y otra vez, intentando comprender qué es ser humano». Todo un sentido ético de la escritura.